

Destellos de buenas nuevas

El pecado, el Salvador y la salvación

J.W. McMILLAN, SANKESHWAR, INDIA
GOOD NEWS FLASHES,
EVANGELICAL LITERATURE SERVICE, MADRAS, 1962



Una vez resucitado de entre los muertos, el Señor Jesús mandó: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura, Marcos 16.15*

“Evangelio” quiere decir “las buenas nuevas”.

Así, en este escrito sencillo vamos a hablar de las buenas nuevas. El esquema es:

- I — El pecado y sus efectos**
- II — El Salvador y su obra**
- III — La salvación y cómo poseerla**
- IV — Conclusión**

I — El pecado y sus efectos

El rey Salomón era uno de los hombres más sabios que ha vivido. Reinó sobre Israel unos mil años antes de la crucifixión del Señor Jesucristo y una de sus obras más notables fue la construcción de un gran templo a Dios en Israel. Él mismo ofreció una oración en la dedicación de ese templo en Jerusalén y dijo:

No hay hombre que no peque, 1 Reyes 8.46.

Muchos años más tarde el apóstol Pablo, uno de los redactores inspirados del Nuevo Testamento, escribió algo muy similar, habiendo venido ya el Señor Jesús:

Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, Romanos 3.23.

¿Qué es el pecado?

El pecado es cualquier cosa que es contraria al Dios Todopoderoso.

Dios es bueno. Cualquier cosa que no sea buena, es pecado. Dios es santo. Cualquier cosa que no sea santa, es pecado. Dios es justo. Cualquier cosa que no

sea justa, es pecado. Dios aborrece el pecado porque el pecado es contrario a su naturaleza. El pecado nunca podrá entrar en su presencia.

El pecado es como un monstruo de muchas cabezas; se manifiesta de muchas maneras. Hablamos del pecado original, o el pecado nato, que es la tendencia de pecar que existe en todo niño y se hace ver por pensamientos y hechos a la par que el chico crece. Los pecados reales son aquéllos de pensamiento y hecho. Los pecados de *comisión* son actos que no hemos debido cometer, y los pecados de



omisión son los que hemos debido cometer pero no hicimos. Los pecados de *ignorancia* son acciones contrarias a Dios pero cometidas en desconocimiento de la voluntad suya. Y, los pecados de *yerro* son pecados cometidos a sabiendas que uno está desobedeciendo a Dios.

Todo ser humano ha pecado (Jesús aparte) porque todos somos culpables de actos que son contrarios a Dios. El cuadro en el texto bíblico que hemos citado merece consideración; quiere decir que somos como personas que han intentado alcanzar cierto punto pero han quedado cortas.

¿Cuáles son los efectos del pecado?

Escribió un profeta de la antigüedad:

Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, Isaías 59.2.

Y el apóstol Pablo escribió:

La paga del pecado es muerte, Romanos 6.23.

En la Biblia la muerte significa la separación. La muerte *física* es la separación del alma y el espíritu del cuerpo. La muerte *espiritual* es la separación del alma y el espíritu de Dios. La muerte *eterna* es la separación del alma y el espíritu de Dios para siempre jamás.

Aun en esta vida los hombres tienen que pagar por sus acciones. El pecado sexual, la gula, la borrachera y la adicción a drogas tienen efectos dañinos sobre el cuerpo. Todo pecado trae oscuridad al corazón y la mente. Sobornar a otro pervierte la justicia, como leemos en Éxodo 23.8.

Por el pecado de un hombre la adversidad puede caer sobre muchos. Pero los efectos del pecado no se limitan a esta vida; pueden ser eternos. En la última parábola que Jesús contó estando en el mundo Él trazó el cuadro del juicio que caerá cuando vuelva a esta tierra, describiendo qué dirá a muchos que han pecado contra Él:

Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, Mateo 25.41.

El pecado puede resultar en la muerte eterna, la eterna separación de Dios. Pero hay un detalle a ser notado en las palabras que el Señor habló en aquella ocasión. Es que “el fuego eterno” no fue diseñado en primer lugar para los hombres, sino por el diablo y sus ángeles. No hay en la Biblia ninguna insinuación de salvación para ellos. Pero el gran mensaje del evangelio es que es posible que hombres y mujeres sean salvos de sus pecados.

¿Quién, pues, podrá ser salvo? los discípulos preguntaron una vez al Señor Jesús. De inmediato vino la respuesta:

Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible, Mateo 19.25,26.

Ningún hombre o mujer puede salvarse; la salvación es posible solamente porque Dios ha provisto un Salvador.

Veamos, entonces, las lecciones que hemos aprendido hasta aquí, reflexionando acerca de cómo nos afectan a cada uno personalmente:

➤ Todos han pecado.

y, siendo así,

➤ Yo he pecado.

➤ El pecado separa a uno de Dios.

➤ Yo estoy en peligro de la eterna separación de Dios.

➤ Yo no puedo hacer nada para salvarme a mí mismo.

➤ Yo necesito un Salvador.

II - El Salvador y su obra

El rey Salomón, quien hemos mencionado, era compositor de canciones además de arquitecto. Se nos relata que compuso mil canciones, pero solamente una de ellas está disponible para nosotros. La encontramos en el Antiguo Testamento, la parte de la Biblia redactada antes de venir el Señor Jesús, y se llama *El Cantar de los Cantares*.

Es una canción de amor. Una de las escenas más vívidas en ella trata de una pesadilla que tuvo la novia. Ella soñó que estaba separada de su Amado y que, al buscarle, había sido agredida por los vigilantes nocturnos de la ciudad. Ella les hizo a las señoritas de la ciudad prometer que, al encontrar a su Amado, le dirían que ella estaba “enferma del amor”.

Las doncellas le interrogaron acerca de él. ¿Por qué le quería, y por qué él no más? ¿En qué era él mayor que otros que podrían pedir su amor? Textualmente:

¿Qué es tu amado más que otro amado, que así nos conjuras?

La novia respondió de una vez, describiendo en lenguaje bello sus glorias y hermosura, y cómo él era diferente a todos los demás, de manera que era “todo deseable”. Concluyó declarando:

Tal es mi amado, tal es mi amigo, Cantares 5.16.

Al auténtico evangélico muchas veces se le hace una pregunta muy similar. ¿Qué es el Cristo suyo más que nuestros santos y nuestros mentores? ¿Por qué nos insta a dejar las creencias de nuestros padres y confiar en Él y Él no más? ¿Qué tiene Jesús que la religión mía, o el estilo de vida mío, no tiene?

Son buenas aquellas preguntas, y exigen respuesta. Veamos, entonces, por qué Jesucristo es el Salvador del mundo, al decir de Juan 4.42, y por qué:

en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos, Hechos 4.12.

SU PERSONA El Señor Jesús es una persona única.

Job era un varón temeroso de Dios que vivió muchos años antes de Cristo. Él no podía entender las muchas dificultades que intervinieron en su vida. Exclamó, refiriéndose a sí mismo y a Dios:

No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos, Job 9.33.

Pero Jesucristo es precisamente aquel mediador que Job anhelaba. Escribió el apóstol Pablo:

Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, 1 Timoteo 2.5.

La razón es, por supuesto, que Él es de veras Dios y hombre a la vez.

SU EXISTENCIA ETERNA El hombre nace una vez y muere una vez, como afirma Hebreos 9.27. La Biblia nunca enseña que nace, muere y nace de nuevo en otro cuerpo. Pero el Señor Jesús enseñó claramente que Él existía antes de nacer. Abraham, el mayor de los antepasados del pueblo hebreo, vivió unos dos mil años antes de nacer el Señor Jesús, pero aun así Éste podía decir al pueblo:

De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy, Juan 8.58.



Escribió al apóstol Pablo a Timoteo:

Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, 1 Timoteo 1.15.

Él vino al mundo, pero existió antes de nacer en el mundo.

Y tal vez usted pregunta: ¿De dónde vino? Él responde:

He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, Juan 6.38.

¿Pero quién le envió?

El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo, 1 Juan 4.14.

Es por esto que Pablo nos dice que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.

SU NACIMIENTO El nacimiento del Señor Jesús fue único. Él fue concebido en el vientre de María por obra del Espíritu Santo de Dios, como narra Lucas 1.35. Aunque era Hijo del Altísimo, nació en pobreza. Fue acostado en un pesebre, la parte de una casita reservada para ovejas y cabras, Lucas 2.7.

SU VIDA El Señor Jesús vivió en esta tierra por unos treinta y cinco años. Su vida fue única por cuanto:

fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, Hebreos 4.15.

En esto se distingue de todo otro hombre. Las biografías de los sabios y santos de todas las tierras y todos los tiempos, si son razonablemente verídicas, dejan entrever que ellos estaban conscientes del pecado adentro.

No así el Señor Jesús. Ninguno en la multitud pudo responderle cuando retó:

¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Juan 8.46.

Aquellos que andaban más cerca de Él dieron el mismo testimonio, y más adelante Pablo también:

el cual no hizo pecado, 1 Pedro 2.22

no hay pecado en él, 1 Juan 3.5.

al que no conoció pecado, 2 Corintios 5.21.

SUS PALABRAS Las palabras del Señor Jesús eran palabras únicas. En cierta ocasión la policía del templo fue enviada a arrestarle, pero volvió sin haber podido hacerlo. Cuando los sacerdotes principales y los fariseos preguntaron por qué, los policías respondieron:

*¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!
Juan 7.46.*

Había una nota de autoridad en sus dichos que no se encontraba en ninguno de los líderes religiosos de su época:

Les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas, Mateo 7.29.

Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida, Juan 6.63.

SUS OBRAS La gente de su tiempo reconoció:

Bien lo ha hecho todo, Marcos 7.37.

Lo que hacía dejaba entrever que era de veras el Hijo de Dios:

Las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado, Juan 5.36.

SU MUERTE El Señor Jesús murió una muerte espantosa. Él, la persona sin pecado, fue llevado ante el gobernador romano por falsas acusaciones, y aunque aquél le encontró inocente de crimen, el acusado fue sentenciado a muerte para complacer la muchedumbre que demandaba su crucifixión.

La crucifixión es una de las formas de muerte más crueles que se ha concebido. La víctima romana era clavada a una estaca, dejada allí colgando, expuesto a los elementos, hasta morir. El Señor Jesús murió así en una cruz.

Él habló siete veces desde aquella cruz, y sus declaraciones se describen a menudo como “las siete palabras de la cruz”. Cada una amerita reflexión y estudio:

1. *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, Lucas 23.34.*

Él pronunció estas palabras refiriéndose a los hombres que le estaban clavando al madero. Él perdonó.

2. *De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso, Lucas 23.43*

Estas palabras fueron dichas a uno de los dos ladrones que fueron crucificados en la misma ocasión que el Señor Jesús. Uno que era digno de muerte a causa de sus pecados, fue prometido reposo en el Paraíso cuando confió en Él.

3. *Mujer, he ahí tu hijo ... He ahí tu madre, Juan 19.26,27*

En estas palabras el Señor Jesús encomendó su madre al cuidado de su amado discípulo Juan.

4. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Mateo 27.46*

Ciertamente tenemos aquí las palabras más extrañas jamás dichas. ¿Por qué le había desamparado Dios? Pronto veremos por qué.

5. *Tengo sed, Juan 19.28*

Esta declaración nos da una idea de uno de los múltiples padecimientos físicos que Él experimentó en la cruz.

6. *Consumado es, Juan 19.30*

¿Qué había sido realizado, o consumado? La respuesta está en lo que dijo en su oración al Padre la noche antes de ser crucificado:

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera, Juan 17.4.

7. *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, Lucas 23.46*

La obra de la salvación realizada ya, Él encomendó su espíritu en las manos de Dios su Padre.

Tuvieron lugar acontecimientos raros cuando Él expiró. El sol se oscureció, siendo mediodía cuando no se dan eclipses. Hubo un terremoto. Fue rota en dos “de arriba abajo”, Mateo 27.51, la gran cortina que hacía división entre el lugar santo y el lugar santísimo en el templo. ¡Muchos difuntos volvieron a vivir! Se llenó de asombro el oficial a cargo de los soldados que eran responsables por la

crucifixión del Señor Jesús, y aquel hombre reconoció que efectivamente Él era Hijo de Dios.

¿Por qué murió Cristo?

Ya hemos visto que “la paga del pecado es muerte”. ¡Pero el Señor Jesús nunca pecó! ¿Por qué tuvo Él que recibir la paga de la muerte? ¿Por qué Él, de todos los hombres, sufrió la separación de Dios en la cruz?

Estamos ante el corazón, la esencia misma, del evangelio. Leamos qué escribió el apóstol Pedro sobre este asunto de importancia vital:

Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, 1 Pedro 3.18.

Cristo murió por nuestros pecados. Fueron nuestros pecados que habían hecho separación entre nosotros y Dios. Él, el Justo, el que no tenía pecado, murió por los injustos, por los pecadores, para quitar aquella separación y llevarnos a Dios.

En otras palabras, murió para salvar a los pecadores.

SU SEPULTURA El Señor Jesús murió y fue sepultado. Su cuerpo fue puesto en un sepulcro en un huerto cerca de Jerusalén. Para mucha gente, este es el fin del relato. El rey Salomón murió y fue sepultado. Los santos y sabios de todas las edades murieron y fueron sepultados. Cristo murió y fue sepultado, pero su sepulcro es único, porque es un sepulcro vacío.

Cuando algunas mujeres entre sus seguidores visitaron el lugar el tercer día después de su muerte, ellas no encontraron su cuerpo. ¿Que había sucedido? Ya había tenido lugar el siguiente acontecimiento único en la historia de Jesús. A saber:

SU RESURRECCIÓN Declaró Pedro, al predicar en casa de Cornelio:

A éste levantó Dios al tercer día, Hechos 10.40.

¿Acaso decía mentira, o contaba una fábula? No, Pedro declaró un hecho consumado, porque fue uno de los primeros en ver al Señor Jesús después de su resurrección de entre los muertos.



La resurrección del Señor Jesús es un hecho; Dios le levantó de los muertos. Los discípulos no podían encontrar su cuerpo en el sepulcro; las autoridades judías no podían presentarlo; parecía haber desaparecido.

Pero el Señor mismo se presentó a sus discípulos.

a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos, Hechos 10.41.

No había por qué dudar. Fue después de su resurrección que sus discípulos realmente

habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos, Juan 20.9.

SU ASCENSIÓN Por cuarenta días el Señor Jesús se quedó con sus discípulos, enseñándoles acerca del reino de Dios. Al final de aquel período Él les condujo hasta Betania, un pueblito en las afueras de Jerusalén,

y alzando sus manos, los bendijo, y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo, Lucas 24.50,51.

Mientras iba, ellos miraban atentamente al cielo, y de repente se presentaron dos varones ante ellos, vestidos de blanco, quienes dijeron:

Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo, Hechos 1.11.

SU OBRA PRESENTE ¿Qué está haciendo el Señor Jesús en el cielo?

Él está haciendo la obra de un mediador entre Dios y los hombres, una obra que solamente Él puede realizar, por ser Dios y hombre a la vez. Por cuanto sufrió por nosotros,

puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos, Hebreos 7.25.

El Señor Jesús es un Salvador vivo. Él murió por nuestros pecados, fue sepultado, pero resucitó, y ahora

he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén, Apocalipsis 1.18.

SU GLORIA FUTURA ¡El Señor Jesús vendrá de nuevo!

Esta vez no vendrá como bebé, sino como Libertador de su pueblo, Rey de Reyes y Señor de Señores. La Biblia está llena de promesas acerca de este gran acontecimiento y las glorias que vendrán después.

Hemos llegado al fin de la segunda sección de nuestros *Destellos de buenas nuevas*, y en ella hemos hablado del Salvador y de su obra. Quizás algunos lectores realmente nunca le han considerado a Él y qué requiere Él de nosotros. Reflexionando usted sobre todo lo que Él ha hecho y dicho, ¿no le aceptará como su personal Salvador?

III - La salvación y cómo poseerla

Por cuanto soy un pecador, debo ser salvo. Es el mensaje de la primera sección de este escrito.

Por cuanto el Dios y Padre ha enviado a su Hijo, el Señor Jesús, para ser el Salvador del mundo, es posible que yo sea salvo. Este es el mensaje de la segunda sección de este escrito.

Queda otra cuestión, y de ella vamos a ocuparnos ahora:

¿Qué debo hacer yo personalmente para ser salvo?

Encontramos esta pregunta y su respuesta en los Hechos de los Apóstoles, el libro de la Biblia que relata algunas de las actividades de los predicadores del evangelio en los treinta años siguientes a la muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesús.

El personaje más destacado en la segunda mitad de los Hechos es el apóstol Pablo, quien viajó a través de muchos de los países del oriente del Mar Mediterráneo para proclamar el evangelio.

El hombre que hizo la pregunta era un funcionario a cargo de la cárcel en Filipos, una ciudad de Grecia que a la sazón era un importante centro civil y militar en el Imperio Romano. Dos reclusos habían sido encomendados a su custodia. Se les acusaba de enseñar doctrinas contrarias a los dogmas aceptados por la mayoría de los ciudadanos romanos, ya que pregonaban “el camino de salvación”.



Los magistrados mandaron a que fuesen azotados y encarcelados, ¡pero a medianoche, en la cárcel, cantaban alabanzas a Dios! De repente el lugar fue sacudido por un terremoto. Las puertas de la cárcel se abrieron, las cadenas de los presos sueltas, y el carcelero, seguro de que los presos habían huido, resolvió suicidarse en vez de enfrentar la humillación de ser destituido de su cargo por incumplimiento de su deber. Cuando estaba a punto de desenvainar su espada, escuchó a uno de los presos clamándole a viva voz:

No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí.

El carcelero, temblando por miedo, pidió luz, entró apresuradamente en la celda y se postró a los pies de los dos evangélicos. Les condujo fuera y lanzó la pregunta que le había venido a la mente al resolver quitarse la vida:

Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

Los dos presos eran el apóstol Pablo y su colega Silas. Ellos sabían la respuesta y la dieron sin titubear:

Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, Hechos 16.31.

Reflexione un momento acerca de esa respuesta, y examine su propio corazón. Obsérvese la diferencia entre la respuesta que dieron Pablo y Silas y las que la mayoría de la gente da a la pregunta.

1. Pablo y Silas no le mandaron a leer la Biblia y asistir a reuniones evangélicas. Las dos cosas son excelentes, porque la dan a usted la oportunidad de saber más acerca del evangelio. Pablo y Silas aprovecharon la oportunidad y *le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa, 16.32.*

Pero dejaron claro de una vez que lo esencial era confiar en el Señor Jesús.

2. Pablo y Silas no le mandaron a hacer buenas obras. Conviene notar que la primera cosa que el hombre hizo al haber oído la palabra del Señor fue lavar a los presos y darles de comer. Pero Pablo y Silas dejaron en claro que la salvación no es cuestión de lo bueno que hagamos, sino de confiar en el Señor Jesús. La persona que ha confiado en Él de veras querrá agradarle, pero con todo, las buenas obras siguen, y no preceden, la salvación es por fe.

3. Pablo y Silas no mandaron al carcelero a bautizarse, ni salir en peregrinaciones, ni bañarse en ríos. No; le dijeron cómo podría ser salvo en ese momento y ese lugar, e inmediatamente él...

se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios, 16.34.

Pero, ¿qué queremos decir al hablar de ser salvo? En otras palabras, ¿qué significa esa palabra “salvación”?

Vamos a tomar una ilustración de la vida diaria.

Un muchacho cayó al lago. No sabía nadar, y por mucho que intentaba llegar a la orilla, no podía. Estaba por ahogarse.

Este es un cuadro de lo que leemos en la primera parte de nuestro escrito. Hemos caído en pecado; no podemos salvarnos. A causa de nuestro pecado somos, como dice en 1 Corintios 1.18, “los que se pierden”.

Un hombre que caminaba por allí vio el peligro, se quitó la ropa de inmediato y se lanzó al agua. Nadó sin problema a donde estaba el chico.

El hombre es un cuadro del Salvador, de quien leímos en la segunda parte de este escrito. Vino del cielo para salvar a los pecadores. Dejó a un lado su gloria; aunque vino a estar entre hombres impíos, no había pecado en Él. Y, Él venció todas las tentaciones de Satanás.

El muchacho vio acercarse al hombre y extendió la mano hacia él. El caballero se asió de aquella mano extendida.

El niño puso su confianza en ese hombre, sabiendo que no podía salvarse a sí mismo. Nosotros debemos confiar plenamente en el Señor Jesús si vamos a ser salvos.

Lea cuidadosamente lo que sigue:

La gente se congregó a la orilla del lago para ver qué estaba sucediendo. Vio que el hombre fuerte alcanzó al muchacho y que lo tomó firmemente en su brazo.

“Está a salvo,” comentó uno.

“Todavía no,” dijo otro, “porque no le ha llevado a tierra.”

“No se preocupe por eso,” replicó el primero. “Aquel señor es el mejor nadador que hay. Él no le va a soltar.”

Efectivamente, el hombre, con el niño seguro en su brazo, nadó hacia el barranco.

“Ya lo está llevando a tierra. El niño está siendo salvo,” comentaron varios.

Alcanzaron la orilla y el caballero sacó el niño del agua y lo paró sobre tierra firme. No había duda ahora; el muchacho estaba a salvo. Estaba de un todo fuera del agua.

Ahora, veamos de cerca esta historia. En ella se destacan tres elementos: una crisis, un proceso y un clímax.

1. La crisis se presentó cuando el muchacho extendió la mano hacia el hombre y éste la tomó. Fue en ese momento que comenzó su salvación de la muerte.
2. El proceso siguió a la crisis y consistió en conducir el niño del lugar donde el hombre le encontró hasta la orilla.
3. El clímax de su salvación de ahogarse se alcanzó cuando el caballero lo levantó del agua y lo puso en tierra firme.

Esta es una parábola de la doctrina bíblica de la salvación. Hay tres partes a la salvación. Hay la crisis, seguida por el proceso, que culmina en un clímax. Es esencial que esto sea comprendido si vamos a captar precisamente qué quiere decir la Biblia al hablar de la salvación.

Cuando una persona confía en el Señor Jesús, Él comienza una “buena obra” en la persona.

*el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará,
Filipenses 1.16.*

La persona ya no está pereciendo, ni rumbo a la perdición, sino está siendo salva y está en el camino a la salvación. Pero su salvación no ha sido completada; sólo ha comenzado. La persona que pone su fe en el Señor Jesús ha hecho todo lo que puede y debe; nada más de parte suya va a añadir a su salvación.

Es justificada; Dios le cuenta como justo en su estimación divina. Dios es

el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús, Romanos 3.26.

Es también la voluntad de Dios que ese creyente sea santo. Él nos santifica; es decir, provee el medio para que seamos santos.

La voluntad de Dios es vuestra santificación, 1 Tesalonicenses 4.3.

Lamentablemente, muchos creyentes no han entendido esto. Como dijo un renombrado predicador de antaño, ellos se conforman con ser salvos, sin pensar en ser perfectos. Es un error; Dios quiere que seamos salvos del poder del pecado además de salvos de la pena del pecado.

¿Cómo es posible?

*De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él,
Colosenses 2.6.*

¿Cómo recibimos al Señor Jesús?

Por fe.

Habiéndole recibido por fe como nuestro Salvador de la pena del pecado, debemos “andar en Él”.

¿Y cómo?

De la misma manera — por fe.

La persona que ha confiado en Él y su obra en el Calvario está de un todo salva eternamente de la condenación. En cuanto a esto, nada queda por hacer. Pero debemos vivir día a día por fe si vamos a experimentar la realidad de una salvación del poder del pecado aquí en este mundo.



El mismo Señor Jesús que murió en la cruz para llevarnos a Dios vive para abogar a nuestro favor.

Él puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos, Hebreos 7.25.

Obviamente, estamos hablando ya de lo que hemos llamado el proceso de la salvación. Tiene lugar en el lapso entre el momento en que la persona reposa su fe en el Señor Jesús, una vez por todas, y el clímax que vamos a considerar ahora.

Así que lo dicho no es todo. Mientras estemos en este mundo, estamos viviendo en cuerpos designados a morir.

¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Romanos 7.24.

Pero el Señor Jesús vendrá de nuevo. ¿Qué sucederá cuando Él venga?

Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, Filipenses 3.20,21.

Esto será el clímax, o la consumación, de nuestra salvación. Será la salvación de la presencia del pecado.

Debemos notar otra verdad importante. La salvación que el Señor Jesús vino a realizar es eterna.

vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen, Hebreos 5.9.

¿Se acuerda del comentario que hizo uno de los espectadores al lado del lago, una vez que el caballero se había apoderado del niño desesperado?

Dijo: “Aquel señor es el mejor nadador que hay. Él no le va a soltar.”

El Salvador nunca soltará a una persona que haya puesto su confianza en Él, sino que llevará a feliz término la buena obra que comienza en los que le reciben por fe.

En esta tercera parte del escrito hemos hablado de varios aspectos de la salvación. Concluimos ahora con una de las preguntas más solemnes en toda la Biblia. Que cada cual la examine en lo secreto de su propio corazón:

¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? Hebreos 2.3.

IV — Conclusión

Hemos considerado el pecado y algunas de sus consecuencias tristes. Hemos considerado al Salvador, el Señor Jesús, quien vino a este mundo para salvar a la gente de sus pecados. Y hemos considerado la gran salvación que Él da a todos los que ponen su confianza en Él.

En conclusión, veamos un versículo más de la Biblia, uno que a veces se llama el evangelio en cápsula:

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna, Juan 3.16.

Aquí vemos la parte que le corresponde a Dios. Él amó al mundo y dio a su Hijo. Dios, en amor para el pecador, ha enviado al Salvador y así ha hecho posible la salvación para “todo aquel” en todo el mundo.

¿Cuál es nuestra parte?

El versículo la deja muy clara. Debemos poner nuestra fe en el Señor Jesús. Si lo hacemos, sabemos que no nos vamos a perder a causa de nuestros pecados, sino vamos a recibir el regalo de la vida eterna.

Y ahora, por favor, le pregunto a usted qué está haciendo con estas buenas nuevas. Cada cual tiene su responsabilidad propia.

1. ¿Ha reconocido que es un pecador y por lo tanto está en peligro de la separación eterna de Dios?
2. ¿Ha considerado seriamente el derecho y poder del Señor Jesucristo de ser el único Salvador del mundo?
3. De ser así, ¿ha puesto su fe en Él como su propio, personal Salvador?
4. De ser así, ¿está procurando vivir por fe en obediencia a sus mandamientos?
5. ¿Está dando las buenas nuevas a otros?